

por Ramón Díaz

La presente serie de artículos, que hoy toca a su fin, tuvo su origen en otra de cuatro que escribí a fines del año pasado a propósito del documento que los obispos uruguayos emitieron en ocasión de las elecciones (**Búsqueda**, Nos. 257 a 260). A ella siguió otra de igual extensión, que se llamó **La Iglesia y el capitalismo** (Nos. 262 a 265), en los que me ocupé del documento recientemente publicado por los obispos norteamericanos, de algunos documentos pontificios, y de la teología de la liberación, incluyendo el reciente pronunciamiento a su respecto por la Sagrada Congregación para la Doctrina de la Fe. **Moral y economía** surgió con un editorial que llevó ese título (Nº 275) propiciado por una carta sobre los artículos anteriores del P. Luis Pérez Aguirre SJ, en el que le instaba a hacer explícitas algunas objeciones que su comunicación mantenía elípticas. Luego de haber tenido el distinguido corresponsal, la gentileza de aceptar la invitación al diálogo, y de haber recibido otra carta amablemente crítica del Dr. Eduardo Sayagués Areco, la presente serie ha sumado, con el de hoy, nueve artículos (Nos. 278 a 286).

Debo confesar que este largo collar de artículos, diecisiete cuentas ensartadas en tres hilos, respondió fundamentalmente a una necesidad de su autor. La carta preelectoral de los obispos uruguayos no hacía sino rozar el tema. Fue mi sensibilidad por el mismo lo que me llevó a ampliar una instan-

Moral y economía

En conclusión

tánea ocasional a las dimensiones de un gran cuadro doctrinal. Y cuando el P. Pérez Aguirre tuvo la (para mí) feliz inspiración de escribirme, mi reacción, según la relectura me lo revela, mostró una avidez por dialogar rayana en la indelicadeza. Es que mi soliloquio sobre moral y economía llevaba ya demasiado tiempo pugnando por evadirse de su prisión. A la primera oportunidad...

Moral y economía. Y por fin, política. ¿Hay que ser socialista, o liberal? ¿O es en la doctrina social de la Iglesia donde un cristiano debería hacer su nido ideológico? No puedo pensar, entre los asuntos, en otros que me comprometan más profundamente. Si hubiera dedicado mis ojos a la ornitología, por la que siento una afición tan grande como insatisfecha, podría adoptar, entre todas las posturas sociopolíticas, la que más simpatía me inspirara, o la que despertara entre mis relaciones la mayor aprobación. Pero no es así. Dios quiso que fuera a estos asuntos de la economía a los que volcara mis afanes. Y hasta que concibiera a **Búsqueda**, luego de la frustración que me dejaron dos años en el sector público, como mi contribución para superar la penosa situación de mis compatriotas, víctimas, según mi parecer, de entonces y de ahora de la desaprensión de los políticos, de un dirigismo sin principios, del voluntarismo y la demagogia vernáculos.

Si los uruguayos comprendiesen donde están de verdad sus intereses, si dejaran de pedirle al gobierno que hiciese su felicidad, y se ocupasen de que dejara de hacerles desgraciados, este país volvería a ser la tierra de promisión que un día ya fue.

Si sólo comprendiesen el ABC de cómo funciona un sistema de mercados, y cómo es que la acción gubernamental entorpece y taponea su mecanismo...

A esto es que **Búsqueda** está dedicada. Pero hay quien pretende que la misión de **Búsqueda** consiste en difundir una doctrina éticamente inferior. Moralmente **sub standard**, para decirlo en la jerga financiera. El socialismo vendría a ser lo éticamente superior. Un sistema que elimina la libertad. Un sistema del que todos quieren huir.

Que si no fuera por los muros, y las alambradas de púa, y los **vopos**, y los **mas**, y las metralletas, y las patrullas costeras, se quedaría sin gente. O tal vez un sistema paternalista, que suscitara milagrosamente, un gobernante benévolo y omnisciente, sería lo éticamente indicado. Cualquier cosa que niegue la creatividad del individuo, el genio de Occidente, la espontaneidad histórica de nuestra cultura. ¿Habría dislate mayor?

Así, quiero decir, lo veo yo. Y estoy dispuesto a demostrarlo. No una vez. No setenta veces siete. Indefinidamente. Mientras pueda darle

a la pluma a la pluma. Pero lo de la moral, eso viene siendo algo como un entorpecimiento en el diálogo. Moral será defender un sistema si el sistema es bueno. E inmoral propiciar otro que sea malo. Hablemos, pues, de economía. Veamos cuán rigurosos son nuestros análisis, cuán sólidas nuestras premisas fácticas. Escudriñemos las pruebas y miremos por el revés las demostraciones. Y dejémonos de pretender que hay una cuestión moral que viene antes de todo eso, y que permite resolver la cuestión sin necesidad de estudiar economía.

Entre las virtudes del diálogo no es la menor el que nos deja conocer los argumentos del adversario. El lector de esta serie sabe que hay imputaciones dirigidas al sistema, e imputaciones enderezadas a la doctrina, acusaciones contra el capitalismo y contra el liberalismo, sin que sea siempre fácil separarlas. Y le consta que todas carecen de sustancia, por igual.

Las que con más presteza se desvanecen son las que se enfilan hacia el sistema y le acusan de generar pobreza, en su seno, o más allá de sus confines, **in partibus infidelium**. Al oír tales críticas, se diría uno que el mundo fue de buenas a primeras un lugar de abundancia, hasta que el capitalismo llegó a difundir en él pobreza. Pero

eso es lo opuesto de la verdad. Por centenares de miles de años el hombre fue un bípedo implume y relativamente indefenso, en competencia con las fieras por la caza disponible, y con frecuencia por la mera vida. Su existencia, en las palabras de Hobbes, era brutal, indecente y corta. Luego vino la civilización, hace unos seis mil años. El hombre dejó de vivir al día, construyó ciudades, escribió poemas y esculpió estatuas. Pero nunca eliminó la pobreza extrema del mayor número. Nunca hizo hombres libres sino de una **élite**. En la esclavitud, o en la servidumbre, los hombres en su inmensa mayoría pasaron sus vidas, duras y monótonas, en Egipto y en Sumeria, en Caldea y en Asiria, en China y en la India, en México y en Perú; hasta que Occidente hizo sus revoluciones en cadena, la revolución comercial de los siglos XII y XIII, la revolución científica y tecnológica de los siglos XVI y XVII; la revolución industrial de los siglos XVIII y XIX y la revolución agrícola del siglo XX. Por primera vez en la historia la idea de bienestar físico por un lado y la idea de masas, o la idea del hombre común, de la familia común, por la otra, pudieron unirse en un solo pensamiento. Por primera vez en la historia el trabajador común fue un hombre libre. En Occidente, y no en ningún otro lugar. Dentro de su sistema único y jamás antes probado, basado en la propiedad privada y en el libre funcionamiento de los mercados, y nunca bajo ningún otro sistema.

(pasa a pág. 22)

Moral y economía: En conclusión

(viene de pág. 2)

¿Que los obreros vivieron mal en Inglaterra a fines del siglo XVIII y principios del XIX? Por supuesto. Sin contar con que mientras tanto estuvieron desarrollándose las mayores guerras de todos los tiempos hasta entonces, y que la población creció desde mediados del siglo XVIII como nunca—lo que no es por sí mismo índice de creciente miseria—siempre habían vivido mal. Pero, además, ¿quién duda de que la condición de los obreros en Occidente prosperó luego más allá de todo lo imaginado anteriormente? Desde principios de este siglo, eso ya no se discute. Todo el mundo que no sea marxista ortodoxo reconoce que la doctrina de la depauperación progresiva de los trabajadores representa uno de los errores más flagrantes en la historia de los profetas.

Resta la desigualdad en el plano internacional. En las partes del mundo que no

saben o no quieren adoptar el sistema de Occidente, o en las partes que renegaron de él, como América Latina en general, y el Río de la Plata muy particularmente. Yo comprendo que se sostenga que la desigualdad económica tajante en el plano internacional debe despertar inquietudes morales en los países ricos. Lo que no puedo comprender es cómo alguien puede creer que aquella riqueza y esta pobreza están causalmente vinculadas. No podría haber pruebas más terminantes en sentido contrario.

Luego están las acusaciones contra la doctrina, contra el liberalismo. El liberalismo defiende el egoísmo. O genera el egoísmo. O postula el egoísmo. ¿Qué sé yo? Si hay una doctrina que se complaça en el egoísmo, que lo ensalza, que le canta loas, en buena hora, condenémosla. Llevemos al **homo abominabilis** al circo, y lapidémoslo.

Avísenme la hora y el lugar.

Pero, ¿qué tiene que ver ello con la obra de Adam Smith? ¿O de Malthus, o de Ricardo, o de Mill, o de Jevons, o de Menger, o de Walras, o de Marshall? ¿Dónde, en el libro de cuál de ellos, en la obra de qué autor clásico, o neoclásico, liberal o neoliberal, han leído esos señores el elogio del egoísmo de que tanto nos hablan? El **homo oeconomicus**, esa bestia hirsuta, de afilados colmillos, ¿dónde la han visto retratada?

Los hombres en general ¿se cuidan del bienestar ajeno? He aquí una cuestión de hecho. Adam Smith pensaba que sí. Milton Friedman también. ¿Se ocupan de sus prójimos tanto como debieran? He aquí una cuestión concerniente al **debe ser**, a la moral, con la cual el economista como tal no tiene por qué entenderse. Pero serían malos científicos si no se

niciaran cuestión de la primera. Y si restringiesen su análisis, de modo tal que las preferencias individuales que tuvieran por destinatarios a los vecinos debiera quedar fuera. Pero no es el caso, según tuvimos oportunidad de comprobar. No, ciertamente: el buen samaritano cabe en los modelos clásicos lo mismo que el sacerdote y el lebita que, camino de Jericó, le precedieron.

Sólo no tienen cabida en tales modelos los agentes irracionales. En cuanto tales. Porque todos lo somos a veces. Incomprensibles, contradictorios. ¿Qué clase de novelas podría haber escrito Dostoyevski si sus personajes hubieran debido obedecer todo el tiempo al supuesto de la racionalidad? No, ciertamente, sus obras maestras. Pero sí, suponiendo que los hombres buscan racionalmente su propio interés, egoísta o no, logramos comprender como un sin fin de agentes, independientes unos de otros, no concertados entre sí, puedan coope-

rar espontáneamente, cada uno en busca de sus intereses personales, sin posibilidad siquiera, por indisponibilidad de información, de considerar el bien colectivo, y conseguir un orden con ello, un cosmos y no un caos. ¿Cómo puede alguien pretender que con ello—po: suponer, y comprender—estamos haciendo algo moralmente objetable? ¿Es mejor no comprender? ¿Sería preferible afirmar que el orden, que es real, no existe?

Todo hombre persigue la felicidad. Hasta el que va hacia un árbol, a colgarse. Así habló Pascal. ¿Es un pensamiento inmoral? Pues si no lo es, y claro que no lo es ¿cómo habría de serlo el preguntarnos sobre las consecuencias de ese principio?

Una multitud de hombres que buscan felicidad es predecible en las líneas generales de su conducta. He aquí, en una grasea, la doctrina liberal. O, más precisamente, el funcionamiento espontáneo de una economía, el que podamos esperar cenar esta

noche sin que el gobierno haya tenido que pensar en procurarnos el pan y el vino y la carne, es inteligible con solo suponer que todos—el panadero, el bodeguero y el carnicero inclusive—andan en pos de su felicidad.

¿Es inmoral razonar así? ¡Claro que no! Al contrario: seríamos inmorales si nos negáramos a comprender, si cerráramos nuestro intelecto a la realidad. También fue Blas Pascal quien afirmó que nuestra dignidad radica en el pensamiento, y que sólo esforzándonos por pensar rectamente ajustaremos nuestra conducta al principio de la moral.

La adopción de una postura sobre los sistemas económicos, ¿plantea una cuestión moral? Ya lo creo. Es imposible tomar la posición éticamente buena al respecto sin cumplir el precepto moral anterior a todos. Ochocientos millones de seres humanos insatisfechos en sus necesidades básicas nos conminan a cumplirlo: esforcémonos en pensar bien.